

Carlos Enrique Berbeglia, *Reflejos Sucesivos*, Buenos Aires: Editorial La Luna Que, 2004, 106 pp.

La incursión por parte del escritor Carlos Enrique Berbeglia en el género fantástico no es una novedad; dicho género se ha deslizado en forma recurrente tanto en su prosa como en su poesía anterior. Sin embargo, este nuevo título: *Reflejos sucesivos*, cabalmente delineado y recortado dentro de la temática mencionada, además de decirnos mucho y bien, trae un aire de renovación capaz de introducir al lector en una atmósfera tal, que la fantasía que vitaliza y nutre a la realidad se transforma en una poderosa lente que aumenta los más sutiles sucesos humanos. Así, observada a través de ese encantado cristal, la realidad se descubre desde otras aristas. Por otra parte, la persistencia en el uso de vocablos contrapuestos señala un estilo personal, y entreteje una malla cuyo resultado final es una producción compacta, en cuanto a los temas y a la técnica empleada para tratar los mismos.

*Reflejos sucesivos*, de un humor irónico en momentos, permite entrever lo inapropiado que sería realizar una división tajante entre realidad y fantasía. Ambas, danzarán al compás de un juego especular, produciendo en nosotros el convencimiento de la “asimetría que nos caracteriza y nos vuelve *aproximadamente* distintos frente a los espejos”. Por consiguiente, los cristales y lo ficcional serán las herramientas con las que el autor expondrá en forma descarnada la levedad de los avatares humanos.

Estas apreciaciones, no solamente distan de quitarle su color “natural” a la redacción fantástica, sino que, paradójicamente, la refuerzan en dos sentidos. En primer lugar, el alejamiento de la estructura de lo “real” viste a sus paisajes de un ropaje peculiar en cuanto a que, como lectores, nos permite sumergirnos en un ambiente de distensión incomparable, pues lo que tildamos de “real” queda meta-escriturado por la magia, la cual intenta, lográndolo, llevarnos a destinos jamás pensados. “Cuéntase de una maravillosa civilización que no existiera nunca (salvo en la imaginación de quien redacta la siguiente memoria, introito obligado al fenómeno que sacudió la humanidad posteriormente), civilización que invirtiera las obligaciones en holganza y éstas en deberes, sin que las primeras abandonaran su papel de compulsivas no obstante su conversión en días festivos, ni el descanso su relajo, aunque implicara un trabajo desmedido”.

En segundo lugar, esas encantadas palabras despiertan un poder inusitado. La ilusión y la fantasía comienzan a familiarizarse, provocando que

lo real y lo imaginario transiten las mismas coordenadas. Y esto, creemos, es la afirmación de lo fantástico, lo cual permite llevarnos por sendas inconcebibles para la racionalidad, pero, no obstante, esa misma fantasía es realidad expuesta de otro modo, con otros códigos. Este sentimiento nos conduce a la conclusión de que realidad y fantasía se enlazan de tal manera que aquello que vivimos como realidad no es más que una fantasía, sea ésta sublime como perversa o inhumana.

Podrá decirsenos, con cierto criterio, que la guerra y la tortura no son ninguna fantasía, que ambas afectan los cuerpos y las almas con toda su crudeza, y ello es evidente. No obstante, hay allí fantasía, atroz, pero fantasía. Es decir, se construye un artificio capaz de forzar y llevar a la naturaleza hasta lo horrendo. Sobre este tema trabaja el autor en el cuento "Funerales ausentes". En él, un perro con conciencia humana, víctima de lo que podría llamarse un "enroque metapsíquico", empuña un discurso reflexivo y "humano" acerca de las atrocidades a las que pueden arribar los hombres. En este caso puntual la atrocidad recayó sobre su amo, único ser amado por el animal. "No me sorprendió, por lo tanto, que vinieran a buscarlo. [...] Confieso que el trato que recibió en un solo par de horas me reafirmó en lo que soy: un perro que no siente amor por el hombre en general [...] Lo convirtieron en un pingajo delante de mi impotencia. [...] Me puse a aullar. Me dieron una feroz patada y me encerraron en el baño".

En otro orden, en su expresión de literatura fantástica, *Reflejos sucesivos* desnuda un inagotable manantial de irradiaciones; y los títulos contenidos dentro del libro, como por ejemplo: "Reflejos insidiosos", "Contigüidades adversas", "Simultaneidades opuestas", etc., nos devuelven el propósito del escritor que es, creemos, develar lo inacabable de dichos reflejos. Además, éstos, y los otros cuentos que conforman el cuerpo de la obra, presentan una exuberancia de imágenes que permiten recalar en detalles que a un ojo imprudente, o poco atento, le hubieran pasado inadvertidos. Sin embargo, su captación y el posterior acto escritural de esos detalles reafirman el capital imaginativo del autor, pues la "realidad", a partir de la minuciosa percepción, se enciende pletórica, iluminando senderos poco frecuentados.

Reflejos, espejos, sueños, tienen el inagotable valor de motivar la duplicación, de ser maquinarias del doblete, pero de un doblete que sólo roza la semejanza y jamás la identidad, ni la reduplicación exacta. El espejo, por su parte, reproduce una imagen poco feliz del modelo, no es una adecuación fiel; en tanto, en el sueño

sucede algo similar. Si bien entramos y salimos de él duplicando acontecimientos reales, o creando figuras prodigias, éstas nunca revelarán una fidelidad absoluta, a pesar de, quizás, concretarse o sintonizar con algún grado de verosimilitud en lo cotidiano. Por otra parte, la riqueza estaría en la duplicación, aboliéndose de esta manera la jerarquía entre un mundo soñado y el de la vigilia. ¿Acaso uno de sus cuentos, llamado “Realidades oníricas”, no estaría expresando esta eterna confusión de límites entre la vigilia, muchas veces paupérrima, y los anhelos que multiplican los sueños? Aún más, bajo el rótulo “Reflejos insidiosos”, Berbeglia nos amonesta con lo siguiente: “los sueños *dejan de ser reales únicamente cuando nos despertamos*”. Al igual que los espejos, los sueños también son capaces de reverberación; por ende, ambos no podrían haber estado ausentes en un libro que tiene la pretensión, a través de un juego especular, de instalarnos en los márgenes de lo real y de lo fantástico.

Por último, en los dos cuentos finales: “Doble sociedad” y “Venganza necesaria”, queda resaltado el tema de la reparación. Ésta, en “Venganza Necesaria”, es acompañada por una preocupación que Berbeglia jamás suele olvidar, sea cual fuese el estilo que lo convoque, a saber: la mirada y crítica penetrante sobre lo que podríamos denominar “debilidades político-sociales”. Antes de llevarse a cabo el escarmiento que sucede en el cuento que cierra el libro, se pone en boca de un personaje de edad avanzada, un prolijo discurso sobre las peripecias a que se vio sujeto el desarrollo de la humanidad. Señala: “No cabe duda que el condicionamiento y la domesticación hayan sido las claves para el desarrollo humano. [...] El equivalente de la domesticación, entre los hombres, fue el condicionamiento para que aceptaran pagar los impuestos abusivos o entregar el cuerpo al faenamiento de la guerra”. Es decir, lo fabuloso en el contenido de este cuento, quizá, quedaría amputado de sentido sin esta especie de proemio, en el que el autor, una vez más, utilizando lo fantástico como recurso, penetra las honduras de la “realidad humana”.

En suma, cerraremos esta breve reseña señalando que la obra contiene un valor esencial, además de otros que descubrirán los potenciales lectores en el recorrido de sus páginas. Su mérito, a nuestro entender, radica, sin duda, en que el libro, a partir de una trama encadenada, nos deja pensando en el hombre y sus decisiones. Para ser precisos, nos deja pensando en qué hace o qué hará el hombre con su destino, es decir, con su libertad.

**Jorge Mario Mallearel**  
Universidad de Buenos Aires